

Los hombres de la Convencion.

Al dia siguiente de la gran jornada que acabamos de describir se abrió la sala del teatro de las Tullerías para recibir á los miembros de la Convencion.

Es bien conocido ese teatro de la corte, que podria contener quinientas personas, y que se destinaba para recibir setecientos cuarenta y cinco convencionales.

Generalmente cuanto más pequeña es la palestra más encarnizado es el combate. La proximidad hace que la amistad sea más sólida, pero tambien aumenta el odio.

Cuando están cerca dos enemigos no se amenazan, se golpean.

¿Qué debia ser la Convencion?

Un concilio político, en el que la Francia aseguraria su unidad y escribiria su dogma nuevo.

Desgraciadamente estaba dividida desde antes de formarse.

¿Y dónde se encontraba el centro de la unidad vital? ¿En dónde estaba en la Convencion el espíritu de la Francia?

Era enérgica y podia luchar con el mundo entero; ¿pero podria luchar consigo misma?

Esa era la cuestion.

¿Triunfaria teniendo en su seno el cisma de la Gironda y de la Montaña?

¿Triunfaria con la guerra civil en la Vendia?

Francia, como hemos visto, no temia la invasion, no temia la soberanía: el dia en que mintió el rey habia presentado la dimision.

—Un rey no miente.

Temia la guerra civil en el Oeste, á los sacerdotes que armaban al pueblo contra el pueblo.

Y lo que temia sucedió.

A medida que se presentaban aquellos hombres, hijos todos del 10 de Agosto, todos inspirados por el génio que presidió en aquel gran dia, tomaban los nombres de realistas ó setembrinos.

Aquellos hombres que se presentaban para luchar por la Francia, y que en lugar de esto luchaban unos contra otros, se desconocian á sí mismos.

Se maltrataron sin conocerse.

Los girondinos no eran realistas, y sin embargo se les daba ese nombre.

Un discurso de Vergniaud causó el 10 de Agosto.

—Hemos visto, dijo, señalando á Tullerías; hemos visto veinte veces salir de ese palacio el terror; que vuelva á entrar de una vez, y asunto concluido.

Los montañeses no tenian nada que ver con *Setiembre*. El mismo Danton, que habia cargado con la responsabilidad para que la sangre derramada no manchara á la Francia, el mismo Danton no habia tomado parte. Se sabia que los que habian hecho todo eran Robespierre y Marat, ayudados por Panis, su agente subalterno.

Por consiguiente, eran falsas ambas suposiciones.

Casi todos los girondinos, á quienes acusaban de *realismo*, votaron la muerte del rey.

Casi todos los montañeses desaprobaban *Setiembre*. Pero como no era momento á propósito para juzgar, castigar, ni purificar á los verdaderos patriotas, porque la patria necesitaba á sus hijos, no permitieron se castigase á los *setembrinos*.

Se ha calculado además que de setecientos cuarenta y cinco miembros que se sentaron en la Convencion el dia de su apertura, habia quinientos que no eran ni girondinos ni montañeses.

Los recién llegados de provincia, los negociantes, los abogados, los periodistas, profesores y vecinos, se presentaban llevados de su amor á la patria: todos querian la prosperidad de la nacion; pero repetimos que no eran ni girondinos ni montañeses.



A la Montaña tocaba atraerlos por el terror.

A los girondinos unirlos á su partido por la elocuencia.

Sin embargo, en el nombramiento de presidente y de secretarios se vió que el horror hácia *Setiembre* superaba á la *envidia* que inspiraba la Gironda.

Fué nombrado Petion presidente.

Los seis secretarios eran Camus y Rabaud Saint-Etienne, dos constituyentes, Brissot, Vergiaud y Lasource, girondinos, y Condorcet, aquel partidario de la Gironda, que debia morir por ella y justificarla en la historia con su vida y con su muerte, porque era un justo.

No habia uno solo de la Montaña.

Todos eran de la izquierda; por consiguiente, allí estaba la mayoría.

De modo que el público, víctima siempre del error, estaba equivocado desde el principio.

Sus vulgares instintos, sus temores personales, la bajeza de las miras de algunos, no permitian se fijasen en la enérgica legión de la Montaña, en la que estribaba la salvacion de la patria.

Verdad es que en la cima de aquella Montaña escarpada descollaba el rostro impávido y pálido de Robespierre, cuyo apergaminado cútis parecia estar pegado al cráneo de un inquisidor, extraño esfinge, á cuyos frecuentes enigmas no daba solucion.

Danton, máscara terrible del malvado, con la boca torcida, el rostro surcado por la viruela, la voz de dictador y la actitud de tirano.

Marat, el rey del populacho, y que, como Felipe Igualdad, parecia que habia renunciado á la soberanía de los reptiles para no llevar más nombre que el suyo.

Marat, sardo por su padre, suizo por su madre, y que no abria la boca sino para pedir *cabezas*, no despegaba sus amarillentos labios más que para pedir *sangre*.

Danton le despreciaba, le odiaba Robespierre, y sin embargo, le toleraban ambos.

Marat causaba miedo moral y físicamente.

Como formando contraste con aquel conjunto de feroces republicanos, compuesto con los miembros de los clubs de jacobinos y franciscanos, se veian los veintinueve girondinos rodeados por el partido de la Gironda, hombres honrados todos y con los que ni la calumnia podia ensañarse, pues solo podria reprochárseles algunos defectos de que adolecia en aquella época de costumbres algo relajadas la generalidad.

Muchos jóvenes y bellos, todos de talento despejado, como Brissot, Roland, Condorcet, Vergiaud, Louvet, Geusonne, Duperret, Lasource, Fonfrede, Ducos, Garat, Fanchet, Petion, Barbaroux, Guadet, Buzot, Salles y Sillery.

Era evidente que aquel era el centro de las simpatías.

Cada cual se colocó ruidosamente.

Despues se procedió á pasar la lista.

Al llegar al nombre de Jacobo Merey, contestó Danton:

—Enviado en comision á Dumuriez.

Cuando concluyó la lista, nombrados el presidente y secretarios y completamente constituida la Convencion, el primero que tomó la palabra fué el paralítico Couttron, el apóstol de Robespierre.

Se incorporó y pronunció desde su banco algunas palabras que tenian inmensa trascendencia.

—Propongo se inaugure la sesion jurando ódio á la soberanía real, ódio á la dictadura, ódio á todo poder individual.

A pesar de que aquellas palabras salian de la Montaña, fueron acogidas con unánimes aplausos, y despues se dió el grito de ¡Viva la nacion!

Parecia un eco del que habian lanzado la víspera en el campo de batalla de Valmy.

Se levantó Danton, y todos callaron.

—Antes que exprese mi opinion, dijo, sobre el primer acto de la Asamblea, séame permitido hacer en su seno la renuncia del cargo que me fué conferido por la Asamblea legislativa. Lo recibí en medio de los cañonazos.

Ayer se ha llevado á efecto la union de los dos ejércitos; hoy la de los representantes. No soy sino un mandatario del pueblo, y en



su nombre tomo la palabra. No puede existir otra Constitucion que la que sea aprobada textual y nominalmente por las Asambleas. Disipemos esos fantasmas de dictadura con los que asustan al pueblo: que no haya más Constitucion que la que sea aceptada por el pueblo.

Hasta hoy se le ha inquietado, pero era necesario despertarle contra los tiranos.

Ahora que las leyes son terribles para los que faltan á ellas, y que el pueblo ha sido no ménos terrible para derrocar á la tiranía, que la ley castigue á los culpables. Abjuremos toda exageracion y declaremos que la *propiedad territorial é industrial será respetada siempre*.

Una tempestad de aplausos acogió aquella manifestacion, que contestaba perfectamente á las palabras pronunciadas en Verdun por el rey de Prusia y á los temores de la Francia, por más que hubiera sido hecha por el que miraban como jefe de los setembrinos.

Efectivamente, no eran los asesinatos lo que más temia la generalidad, porque en ese caso seria fácil organizar la defensa; pero el temor principal era que volviesen á recobrar los bienes de los emigrados y que declarasen nulas las compras y ventas.

El pueblo francés habia comprendido admirablemente la palabra *revolucion*: sabia su significado.

Facilidad para la propiedad, baratura en relacion con todas las fortunas, un techado para el pobre, un hogar para el anciano, un nido para la familia.

Dos voces se elevaron para protestar en medio de la ovacion hecha al Adamastor de la Cámara.

—Hubiera deseado más bien, dijo Cambon, que se hubiera limitado Danton á la primera proposicion, es decir, á establecer los derechos del pueblo para votar la Constitucion. Danton se hace oposicion á sí mismo. Ha dicho: cuando la patria está en peligro todo pertenece á la patria; ¿qué importa, pues, que se conserve la propiedad si sucumbe el individuo?

Otra voz salió del grupo de los girondinos: era la de Lasource.

—Al pedir Danton que la propiedad sea inviolable la compromete. Tocar á ella, aun cuando sea para asegurarla, es hacerla vacilar. ¡La propiedad está antes que la ley!

La Convencion procedió á la votacion, y las dos proposiciones de Danton se votaron del modo siguiente:

1.º No puede existir Constitucion mientras no sea aceptada por el pueblo.

2.º La seguridad personal y la de la propiedad están bajo la salvaguardia de la nacion.

Entonces se levantó Manuel, y extendiendo la mano como ordenando atencion y silencio, dijo:

—Ciudadanos: ¿aun no es bastante! Habeis consagrado la soberanía verdadera, la soberanía del *pueblo*; es preciso librarle de su soberano falso, el rey.

Una voz de la derecha contestó á estas palabras, exclamando:

—El pueblo solo es quien debe juzgar.

Pero el obispo de Blois, Gregorio, se levantó.

Gregorio habia tenido gran influencia en la primera Asamblea, de la que era miembro. Era el jefe del clero popular. Cuando se hizo la fusion de las órdenes, fué elegido secretario casi por unanimidad, con Monnier, Sieyés, Lally-Tallendal, Clermont Tonnerre y Chapelier.

En la declaracion de los derechos del hombre hizo inscribir: «de sus deberes y del nombre de Dios.» Era el primero que habia aprobado la constitucion civil para el clero.

Los miembros de las Constituyentes no podian ser reelegidos en la legislativa. Entonces Gregorio se estableció en su diócesis, y habia publicado sus Cartas pastorales, y por último, casi por unanimidad habia sido nombrado diputado de la Convencion.

Eran esperadas con impaciencia las palabras que en tan grave cuestion salieran de su boca.

—Es inútil esperar, dijo; nadie podrá proponer jamás que se conserve en Francia esa funesta raza real. Demasiado sabemos que las dinastías no han sido nunca más que razas voraces, alimentadas con carne humana; pero deben tranquilizarse los amigos de la



libertad. Es preciso destruir ese talisman, cuya fuerza mágica es suficiente todavía para aturdir á muchos individuos. Pido que se haga una ley solemne para abolir la dignidad real.

Entre los gritos frenéticos y los brávos de toda la Asamblea, quien en el fondo estaba de acuerdo con la proposicion, se levantó el montañés Basele.

—Pido que no se obre con precipitacion, dijo, y que se espere el voto del pueblo.

Pero Gregorio, que se habia sentado, se levantó de nuevo, y sacando de lo más profundo de su corazon una frase terrible, la arrojó á la faz de su adversario.

—El rey es en el orden moral lo que el mónstruo en el orden físico.

Y en el momento, con unánime entusiasmo, gritaron todos:

—¡Está abolida la dignidad real!

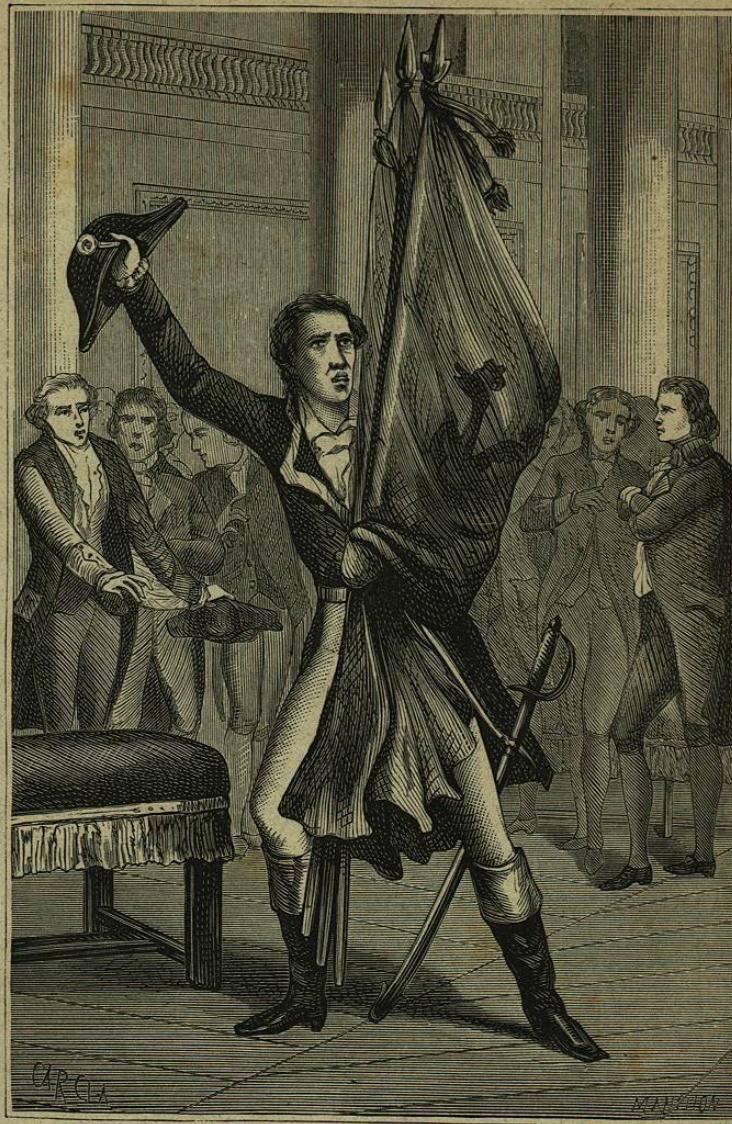
En aquel instante un hombre, cuya palidez demostraba el cansancio, su traje un largo viaje, y el uniforme un representante del pueblo en el ejército, entró en la sala precipitadamente, llevando entre sus brazos tres banderas, dos austriacas y una prusiana.

—¡Ciudadanos! exclamó radiante de alegría; el enemigo ha sido derrotado; la Francia está salvada. Dumuriez y Kellermann, vencedores, os envian estas banderas, tomadas á los vencidos. Llegó á tiempo para escuchar la voz de la Convencion, que proclama la abolicion de la dignidad real. Dadme asiento entre vosotros, porque soy de los vuestros.

Y sin contestar á las señas de Danton, que le llamaba á su lado en la Montaña, fué á sentarse en el banco de los girondinos; pero antes, agitando su sombrero con plumas tricolor y aun impregnadas en el humo de la batalla, exclamó:

—¡Viva la república! Y que sea la fecha de su nacimiento la del día que la ha consolidado, 20 de Setiembre de 1792.

Y al propio tiempo se escuchó el estampido del cañon. Creian dispararlo por la victoria de Valmy, y retumbaba tambien por la abolicion de la soberanía real y por la proclamacion de la república.



—«Ciudadanos: El enemigo está derrotado y la Francia se ha salvado.»